

Esta contestacion, evidentemente dictada por el gabinete de San James, tejido de aparentes concesiones, y de calculadas reticencias, no era seguramente la mas apropósito para desarmar á Napoleon.

Este se indignó del doble papel que jugaba el regente entre la Inglaterra que podia arrebatarle sus colonias, y la Francia que podia apoderarse de Lisboa, y viendo que aquel obedecia á la Inglaterra, que trataba de engañar á la Francia, á la que se atrevia á provocar, sin disponer de medio alguno para la defensa de su pueblo, y hallándose dispuesto á huir á la otra parte de los mares, si la Francia realizaba sus amenazas, Napoleon creyó preciso derribar á la casa de Braganza, como habia hecho con la de los Borbones en Nápoles, y sustituir á ella algun príncipe de su propia familia. Grandiosa política hasta cierto punto, puesto que tenia por objeto regenerar el Portugal por medio de una usurpacion, pero que hiriendo el sentimiento nacional, podia sublevar al pueblo, ofender á la España, é irritar á la Europa, recelosa ya del continuo acrecentamiento del poder francés. Por justa que pareciese á la sazón la caída de la casa de Braganza, era sin embargo una gran imprudencia el pronunciarla, siendo este el fatal principio de una série de faltas y de desgracias que condujeron á Napoleon y á la Francia desde Austerlitz, Jena, y Friedland, á Waterloo y á Santa Helena.

Al cabo de pocos dias de tan funesta resolucion (27 de octubre de 1807), firmóse en Fontainebleau el tratado que fijaba los destinos de Portugal. Vacilando aun Napoleon á cerca del partido definitivo que le convenia tomar con respecto á aquel país, estipuló que el infante de España á quien habia hecho rey de Etruria, le cederia dicho reino recibiendo en cambio el norte de Portugal, con la ciudad de Oporto, bajo el nombre de Lusitania septentrional; que los Algarves y el Alentejo pertenecerian á Godoy, como principados, y que el resto de Portugal, esto es, la Extremadura, Beira y Tras os Montes, debian quedar en poder del emperador para que pudiese disponer de él, cuando se firmase la paz general, ya á favor de sus aliados como recompensa, ya á favor de sus enemigos como una compensacion. Así pues, de una sola plumada el poderoso emperador suprimia uno de los reinos mas antiguos de Europa.

Semejantes condiciones por generosas que fuesen, no contentaban del todo á la corte de España, que solo ganaba en ello la soberanía del norte y del sur, pero con el sentimiento de ver á los franceses establecerse en el centro, mientras que aquella hubiera querido ó bien conservar la casa de Braganza ó reemplazarla completamente. Pero D. Manuel Godoy estaba satisfecho, y se apresuró á prometer un cuerpo de diez mil hombres en el norte, uno de diez mil en el centro, y uno de seis mil en el sur, para ocupar el principado que se le habia cedido. El mando de estas tropas debia confiarse al general Junot, á menos de que Carlos IV ó su favorito se presentasen en el ejército.

Marcha de Junot con veinte y cinco mil franceses contra Lisboa; sus sufrimientos.

El mismo dia en que Duroc é Izquierdo firmaban en nombre de sus respectivos soberanos, tan memorable reparto, Junot que se hallaba tomando sus cuarteles de invierno en Salamanca, recibió la orden de marchar hasta llegar delante de Lisboa, previniéndole al mismo tiempo que rehuyese toda negociacion, diciendo en todas partes que él solo tenia el mando del ejército, siendo amigo ó enemigo segun el recibimiento que se le hiciese. Junot observó perfectamente sus instrucciones, y su única idea fué llegar pronto á Lisboa, á fin de retener, no á la familia real, cuya fuga era de desear, sino los buques y tesoros que llevase consigo.

De aquí las increíbles fatigas á que el general sujetó á los jóvenes soldados de que se componia su ejército. Ni las marchas forzadas, ni la falta de víveres, ni los torrentes, ni el frio, ni las mas terribles tempestades de nieve y lluvia, mitigaron un momento su ardor. Junot llegó á Alcántara con una débil parte de sus tropas, sin vestidos, sin caballos, sin municiones y sin disciplina; muchos de sus soldados carecian de fusil por haberlo arrojado para aligerar su marcha, y solo les quedaban seis cañones tirados lentamente por bueyes.

El mal aumentó mas aun cuando los soldados franceses hubieron pasado las fronteras de Portugal para engolfarse en los desfiladeros de Beira, en términos de que fué ya preciso renunciar al plan cuya realizacion se habia intentado hasta entonces. El ge-

neral Junot se resignó á dejar en Alcántara una buena parte de sus tropas, con orden de que se reuniesen en este punto los muchos rezagados que habia dejado en el camino, y tomando la infantería de las dos primeras divisiones y algunas piezas de montaña, se apresuró á continuar su interrumpida marcha.

¡Cuán imprudente era semejante excursion, á través de un país quebrado, en compañía de regimientos españoles mas dispuestos al combate, que á la union, y sobre todo ante un ejército de veinte y cinco mil portugueses, que aprovecharian sin duda todas las ventajas del territorio! Sin embargo, además de que Junot era hombre que no se dejaba intimidar por semejantes consideraciones, Napoleon mismo le habia trazado el camino, y el general no se habria atrevido á desobedecer en lo mas mínimo las órdenes que se le habian dado.

El desprecio con que miraba Junot al gobierno portugués, era justo, pues mientras los franceses parecían correr á su perdicion, el regente y sus ministros sin pensar en exaltar el entusiasmo nacional, y en ilustrarse al menos por una gloriosa resistencia, solo trataban de huir cobardemente á bordo de los buques ingleses, junto con sus amigos y tesoros. En vano D. Rodrigo de Souza les hablaba un lenguaje digno de los mejores tiempos de Portugal; el miedo habia paralizado sus fuerzas, y los grandes recuerdos de Ourique y Aljubarrota, que tan noblemente aquel evocara, no les inspiraron ni un noble pensamiento.

La corte piensa en huir al Brasil.

Comprendiendo la corte de Portugal lo vergonzoso de su marcha procuró ocultarla á todo el mundo, y al efecto, solo hablaba de preparativos de guerra, de entusiasmo, de ofrendas patrióticas, y hasta el mismo regente, para dar ejemplo, se apresuró á convertir en cruzados parte de su vagilla de plata, suspendiéndose tambien el pago de las rentas, sueldos y pensiones. Pero esto se hacia con el solo objeto de aumentar las riquezas de la fugitiva corte, ó bien para burlar la justa indignacion del pueblo.

Sin embargo, estas fastuosas demostraciones no producian gran efecto en los soldados de Napoleon, y Junot avanzaba á través de las montañas, sin encontrar mas enemigo que la naturaleza y á algunos pastores tan salvajes como ella. El dia 20 de noviem-

bre salió de Alcántara, con quince mil hombres, llegó á Castel Branco el 22 y á Abrantes el 24; pero en tal estado, que apenas logró reunir cuatro ó cinco mil hombres mal vestidos y peor armados. ¿Qué hubieran podido hacer las tropas francesas si la fuga de la corte no hubiese paralizado las fuerzas de Portugal? El mismo Junot estaba convencido de ello: «mil hombres armados, decia, defenderian el Portugal en estos terribles desfiladeros, contra un ejército doble del mio.» Era tal el estado de los soldados franceses, que temiendo Junot dar á los enemigos el espectáculo de sus miserables tropas, vaciló en hacerlas penetrar en Abrantes; pero el deseo de dar á su fatigado ejército algun descanso, le decidió á ello, y tuvo la dicha de encontrar abundantemente todo lo que necesitaba para reanimarlo.

La rapidez de esta marcha desconcertó toda oposicion; mas faltaba apoderarse de Lisboa antes de que los tesoros y los buques de Portugal se alejasen con la real familia, y Junot seguido de algunos miles de soldados, no se detuvo ni ante las inundaciones del Tajo, ni ante la continua crecida del Zezere, y atravesando á la carrera Punhete, y Sacavem, sin que ninguna resistencia viniese á retardar su marcha. Se lisonjeaba de anticiparse á la fuga del regente, cuando supo que era ya tarde, y que la familia real habia ya partido.

Vanos esfuerzos para aplacar á Junot; influencia inglesa.

El regente habia intentado varias veces aplacar á Junot, pero siempre habia obtenido por contestacion nuevas y repetidas amenazas. «Dentro de cuatro dias, le escribia el general, estaré en Lisboa. Mis soldados sienten no haber disparado aun el fusil. No les obligueis á ello, pues creo que lo sentirias.» ¿Qué hacer con tal enemigo cuando se carecia de valor para combatirlo? «Ah! si al menos los franceses, esclamaba D. Juan, fuesen mandados por Lannes! nadie podria decidirme entonces á abandonar mis Estados y le confiaria sin temor, mi familia, mi corona, y hasta mi misma persona. Pero no es el buen mariscal el que manda el ejército enemigo, y no me queda esperanza alguna.» Triste degradacion de un príncipe que solo contaba con la generosidad de su enemigo! Sin embargo, D. Juan vacilaba en consumar el acto que no cesaban de aconsejarle sus ministros; pero el embajador

inglés lord Stangford, le demostró su necesidad. Se ha dicho varias veces que el número del *Monitor imperial*, que el embajador presentó al regente, contenía estas palabras: *La casa de Braganza ha cesado de reinar*. Este aserto no es exacto; pero las amenazas que aquel periódico insertaba, eran bastante temibles para inspirar el espanto, y D. Juan quedó anonadado. ¿Qué importaba á la Gran Bretaña el honor y hasta el poder de la casa de Braganza, con tal de que ella arrebataste la escuadra de manos de los franceses?

Resuelta la fuga, no se tuvo mas idea que la de reunir todos los buques disponibles para acumular en ellos las posibles riquezas, y como era preciso ponerse en guardia contra la legítima irritación de la opinión pública, el regente mandó publicar una patética proclama, en la cual despues de declarar á sus súbditos que no podía permanecer por mas tiempo neutral, ni tampoco combatir, les anunciaba su intencion de marchar á Rio-Janeiro, hasta el dia en que el restablecimiento de la paz europea le permitiese regresar al reino de sus antepasados (1).

(1) Esta proclama decia así:

«Despues de no haber omitido esfuerzo alguno para conservar á mis fieles y amados vasallos los beneficios de la neutralidad; despues de haber sacrificado mis tesoros para conseguirla; despues de haber consentido en cerrar mis puertos á mi antiguo y leal aliado el soberano de la Gran Bretaña, veo invadidos mis Estados por las tropas de S. M. el emperador de los Franceses á pesar de que no siendo su vecino creia no deber temer de su parte el menor atentado. Actualmente se halla amenazada mi capital.

«Considerando la inutilidad de la defensa, y queriendo evitar una efusion de sangre que ningun buen resultado podría producir; convencido además de que mis súbditos experimentarían menores sufrimientos si me alejo de este reino, he resuelto, consultando únicamente su interés, pasar con la reina y mi familia á mis Estados de América estableciendo mi residencia en Rio Janeiro hasta la conclusion de la paz general.

«Considerando además que en beneficio de mis pueblos, debo dejar en Portugal un gobierno que pueda velar sobre su suerte, he designado para reinar en mi lugar mientras dure mi ausencia á mi muy amado primo, el marqués de Abrantes; al teniente general de mis ejércitos D. Francisco da Cunha da Meneses; al consejero Castro, de nuestro consejo, el cual será jefe de la justicia; á D. Pedro de Mello presidente del real tesoro, y á D. Francisco da Noronha teniente general, quien presidirá el tribunal de órdenes y de conciencia. En caso de que falte alguna de las personas nombradas, será suplida por el montero mayor del reino, al cual confió el cargo de gobernador del senado de Lisboa. Asistirán además al consejo el conde de Sampaio y el procurador de la corona Juan Antonio Salter de Mendoza

Fuga.

Esta proclama inspiró á los habitantes de Lisboa un sentimiento mas bien de piedad que de indignacion y mientras que el largo cortejo de los fugitivos se dirigia, en medio de una copiosa y glacial lluvia, desde el palacio de Quélus, hácia los buques en que debian embarcarse, no llegó á sus oídos imprecacion alguna; la tristeza reinaba en todos los semblantes. Parecia haber sonado la última hora de la patria (27 de noviembre). La circunstancia mas triste fué el volver á ver despues de diez y seis años, á aquella pobre reina cuya demencia parecia presidir los destinos de la patria. Despues de haber maldecido á su hijo, pero como por instinto, sin saber lo que decia, como si comprendiese la incalificable vergüenza que imprimian en su reino, «¡Cómo! huir, esclamaba, y sin haber combatido!» y viendo que su cochero se apresuraba para llegar al muelle, le dijo: «No corrais tanto, creerian que huimos.»

Habia entonces en el puerto, un navío de ochenta, siete de setenta y cuatro, tres fragatas, tres bergantines, y muchos buques mercantes en los cuales se embarcaron los príncipes, las princesas, y sus tesoros, el consejo de Estado, los ministros, y casi todas las grandes familias de Portugal. Fué tal la precipitacion con que obraban los fugitivos, que muchos de ellos olvidaron los víveres mas necesarios.

¡Pero cual fué el dolor de los trece mil fugitivos, cuando en lugar de favorecer su fuga, el viento se declaró contra ellos! De un momento á otro podía llegar Junot, y ocupar los fuertes, bombardear la escuadra, y vengar á la vez á Portugal y á la Francia; pero el desbordamiento del Zezere y del Tajo habia retardado la marcha de los franceses, y el 29 por la mañana, despues de dos dias de mortal angustia, declaróse un viento favorable.

á quienes instituyó secretarios, y si falta uno de ellos, tendrá por sucesor á D. Miguel Seveira Jorjaz.

«MI confianza en las personas nombradas me hace esperar que llenarán cumplidamente su deber, que ejercerán la justicia con imparcialidad, que recompensarán ó castigarán á todos segun sus méritos, y por fin que mis pueblos serán gobernados por ellos de un modo que tranquilize del todo mi conciencia.»

«Dado en el palacio de N. S. de la Ayuda, en 26 de noviembre de 1807.»

«EL PRÍNCIPE.»

Los fugitivos no perdieron la ocasion, é impulsados por la brisa, halláronse en breve entre la escuadra inglesa que cruzaba por la embocadura del Tajo á fin de proteger su partida.

CAPÍTULO XXIII.

Desde la entrada de Junot en Lisboa hasta el tratado de Cintra (1807—1808.)

ENTRADA DE LOS FRANCESES EN LISBOA; JUNOT PROCURA EN VANO GRANGEARSE EL AFECTO DE LOS HABITANTES.—CONTRIBUCION DE CIENTO MILLONES; BANDERA FRANCESA; CONSPIRACIONES; SON REPRIMIDAS, PERO SUBSISTE EL PELIGRO.—NAPOLEON HIERE EL SENTIMIENTO NACIONAL.—EL DIA DEL CORPUS.—SUBLEVACION GENERAL.—ESFUERZOS DE JUNOT.—LLEGADA DE LOS INGLESES BAJO EL MANDO DE SIR ARTURO WELLESLEY (29 DE JULIO DE 1808).—BATALLA DE VIMEIRO; TRATADO DE CINTRA (30 DE AGOSTO DE 1808).

Entrada de los franceses en Lisboa; Junot procura en vano grangearse el afecto de los habitantes.

Después de tantos trabajos y peligros para impedir la salida de los buques y de los tesoros portugueses, Junot debía experimentar gran disgusto al saber que se había realizado la marcha; sin embargo, resolvió seguir sus instrucciones hasta el fin, y algunas horas después, entraba en Lisboa al frente de mil quinientos granaderos franceses y de algunos ginetes portugueses. Antes de establecerse en la ciudad, corrió á la torre de Belen, con la esperanza de interceptar al menos una parte de la fugitiva escuadra; pero era ya tarde, y los numerosos buques que divisó Junot á lo lejos nada tenían que temer ya del mariscal. Solo uno luchaba contra el viento, y el general cargó un cañon, que apuntó y disparó M. de Tascher, pero desgraciadamente dicho buque, que arrió en seguida su pabellon, no encerraba cosa de importancia.

El estupor que causara la fuga del gobierno portugués permitió á Junot apoderarse fácilmente de una capital de trescientas mil almas, siendo recibido por la comision ejecutiva, presidida por el marqués de Abrantes, á la cual el regente había confiado su reino. Junot se limitó á recomendar que se conservase

la tranquilidad pública, y á fin de lograrlo mejor púsose de acuerdo con un emigrado francés, M. de Novion, quien desde mucho tiempo tenia establecida en Lisboa una buena policia. «Hé encontrado, escribia el general al emperador, un regimiento de mil doscientos hombres, tan bueno como los de la vieja guardia, mandado por M. de Novion.» Sin embargo, por mucha confianza que inspirasen al general francés la comision de los cinco y la policia de M. de Novion, era indispensable no dejar á los portugueses el tiempo de recobrar confianza, si bien nada mejor para reanimarlos que el triste espectáculo de los haraposos soldados que mandaba el general francés. Al verlos tan extenuados y en tan corto número los habitantes de Lisboa preguntaban si eran los vencedores de Austerlitz y de Jena, y si se someterian por mas tiempo á un vano prestigio de gloria; mas Junot que dió severas órdenes para reunir el ejército, armarlo y vestirlo, mientras que licenciaba al ejército portugués, pudo devolverle el aspecto formidable que tenia al entrar en campaña. Aun no habian transcurrido quince dias desde la fuga del regente, cuando veinte y cinco mil franceses perfectamente equipados, ocuparon todas las posiciones importantes de Lisboa, y todos los alrededores de aquella ciudad hasta Abrantes, por el oeste, y por la parte del norte hasta Coimbra. Kellermann fué á acampar con su caballeria en las vastas llanuras del Alentejo, y los españoles se establecieron en Oporto, en Setubal, y en los Algarbes.

Junot, no contento con hacerse temer, quiso tambien hacerse amar, desplegando un grande zelo ya para asegurar el trabajo á los numerosos obreros del arsenal, ya para que no faltasen víveres á la capital, ya para mantener la disciplina y pagar todo lo que el soldado compraba. Muchos portugueses se unieron á él, y hasta las clases medias le hicieron adelantos de consideracion; pero la masa de la nacion estaba poco ilustrada, para apreciar la inmensa superioridad de la administracion francesa, sobre el triste gobierno de la regencia, y lejos de renegar de sus soberanos que la abandonaban, escuchaba solo á los que le hablaban en nombre de la fe y de la patria amenazada.